

XVI Premio Novela Ciudad de Badajoz

EL MAPA DE
LAS VIUDAS

DANIEL DIMECO

algaida



Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Juan Eslava Galán, Carmen Fernández-Daza, Fernando Marías, Manuel Pecellín Lancharro, Marta Rivera de la Cruz y Miguel Ángel Matellanes concedió a la novela *El mapa de las viudas*, de Daniel Dimeco, el XVI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

© Daniel Dimeco, 2013
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 978-84-9877-9877-545-7
Depósito legal: SE-521-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Cero	13
Uno.....	21
Dos.....	33
Tres.....	43
Cuatro.....	51
Cinco	65
Seis	71
Siete	79
Ocho.....	91
Nueve.....	97
Diez	105
Once.....	117
Doce.....	127
Trece.....	133
Catorce.....	151
Quince	157
Dieciséis	165
Diecisiete	171
Dieciocho.....	183
Diecinueve	193

Veinte	203
Veintiuno	207
Veintidós.	219
Veintitrés	225
Veinticuatro	231
Veinticinco	247
Veintiséis.	255
Veintisiete.	269
Veintiocho	281
Veintinueve.	285
Treinta	295
Treinta y uno	305
Epílogo	309
Agradecimientos	311

Los murciélagos pasan el día durmiendo, colgados cabeza abajo en algún lugar seguro. Al anochecer levantan el vuelo para cazar. Detectan sus presas y se orientan emitiendo sonidos muy agudos que producen eco en los objetos cercanos. El eco, captado por su finísimo oído, les informa de la distancia, situación y movimiento de las víctimas.

Husmea en su boca abierta y escupe dentro.

ROBERT HASS

*Nuestras dos sombras
parecían una sola.
Nos queríamos tanto
que daba esa impresión.
Y toda la gente lo verá,
cuando estemos bajo la farola.
Como antes, Lili Marleen.*

HANS LEIP

Al caer la noche aparecieron murciélagos en el claro, sobrevolando aquella figura taciturna agachada sobre sus flacas piernas como pequeñas almas sin voz. Luego se alejaron.

CORMAC MCCARTHY

Hablar consigo mismo viene a ser un coloquio entre dos allegados dos personas distintas que apenas si se entienden...

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

A los maestros en este oficio de escribir:

Sabine y Abel Posse, cómplices e instigadores

A Félix 'Grillo' della Paolera, adiós en silencio

A María Tena, por creer en mí

CERO

AESO DE LAS CINCO DE LA MADRUGADA, CUANDO EL alba de verano llueve en la ciudad y los grillos se silencian, ella oye golpes en el hueco que hay entre el alero de madera del techo y las ventanas de la casa. Se meten en el cajón donde se enrollan las persianas e, inmediatamente después, sobrevienen unos chirridos desagradables y más golpes. Son los murciélagos que regresan a dormir a su guarida.

Ella, metida en la cama, se los imagina estirando sus cuerpos deshuesados, aplanándose como el papel y escurrendose por cualquier resquicio dentro de la habitación. Teme que vuelen medio ciegos y se estrellen contra la pared color mostaza que hay por encima del respaldo de la cama y que acaben cayendo como moscas atontadas sobre su cabeza. Lanza un grito cuando siente que algo blando le golpea en la mollera. El animal intenta desenredar las extremidades de entre su maraña de cabellos y no puede. Entonces, se asusta y la muerde. Siempre acaba mordiéndola y ella gritando.

No es un sueño, jamás sueña con los murciélagos. Casi cada mañana, desde que oye el primer golpe de las aletas, recrea la misma escena. Se tapa la cabeza con las sábanas y aguanta hasta que no los oye más, o bien hasta que se empieza a asfixiar y, con la frente llena de sudor vuelve a asomar los ojos y la nariz.

A finales de agosto, se siente siempre más tranquila porque es cuando empieza a albergar la esperanza de que los últimos calores y los primeros fríos acaben con ellos. Pero no hay manera de que se vayan, incluso los ha oído removerse y chillar en diciembre.

Hoy, ella se les ha adelantado. Se ha levantado a las cuatro de la madrugada y ha estado rellenando los huecos entre las uniones de las maderas del techo. Les ha embutido trozos de algodones embebidos en perfume, que ha ido enroscando previamente y con mucha paciencia en el extremo mordisqueado de un lápiz verde. Ahora, sentada ante el tocador, ella huele la mezcla de olores que ha quedado suspendida en el aire: intenso aroma del perfume ruso y rancio de los orines de los murciélagos.

Con la mirada clavada en sus propios ojos verdosos reflejados en el espejo, ella coge mechones de pelo que cercena a ras con la tijera mediana de la costura. Los cabellos caen como jirones por los hombros, la espalda y el regazo. No parpadea. Sólo de tanto en tanto, cuando los ojos se le resecan demasiado, los humedece con un par de pestaños acelerados y vuelve a detener la mirada en sí misma, *dentro de sí misma*.

Enciende una vela, levanta la persiana a la mitad para que entre la claridad boreal y se vuelve a sentar delante del

espejo para hacer el acabado. Se pasa la palma de la mano por la cabeza casi rapada, tanteando los cabellos que se han escapado al acero de la tijera. En un cuenco pequeño tiene espuma de afeitar con un poco de agua; en un armario del baño ha encontrado el bote de Nivea que Georg no se llevó cuando lo mandaron a Checoslovaquia. Ella coge la navaja y, con suavidad, siguiendo un orden estricto desde la frente hasta la nuca y vuelta a empezar desde la frente, despeja el cuero cabelludo, como una segadora en plena trilla, hasta dejar una bola blanca. Los ojos grandes y las cejas altas resaltan aún más en su palidez.

Pasadas las cinco de la mañana, cuando está terminando de depilarse las cejas, oye la llegada de los murciélagos, que aterrizan encima de la ventana y se adhieren donde pueden con las ventosas de las patas, acomodando las aletas y colándose en la guarida. Aúllan y ríen, borrachos de toda una noche de trajín.

Ella detiene el afeitado y se pone tensa, encoge los dedos de los pies sin darse cuenta y cierra los puños con fuerza. Violada en su intimidad, destila rabia sabiendo que los intrusos han conseguido volver a meterse en la casa, aunque está más segura con el muro de algodón perfumado. Esta vez parecen estar más inquietos que de costumbre. Ella espera que el perfume los anime a huir, a que se muden a otro techo, tal vez al altillo que hay en casa de los Amstelheim. Después de todo, no tienen más que cruzar la calle.

A pesar de que ellos no están dentro de la habitación, ella cierra los ojos y los ve: despliegan las alas y se miran fieramente los unos a los otros a través del par de

canicas negras y chiquitas, se rozan con las alas, dejan asomar las puntas cónicas de los molares, se disputan los lugares para el descanso, imponen sus jerarquías... Ella tiene miedo, entonces se aferra a la silla con una mano y con la otra sigue sosteniendo la navaja, agacha la cabeza y se evade imaginando el color de los botones que le pondrá al abrigo de la señora Rosenbauer o el color de la tela que está usando para el vestido de la señora Groß. Para cuando regresa del mundo del que se ha fugado, los murciélagos duermen y el espacio sonoro ha sido invadido por el canto de los pájaros.

Abre los ojos, los párpados le duelen de tanto apretarlos. Siente como si un vendaval hubiera transitado por dentro de su cuerpo mientras ella permanecía sin moverse. Ahora sí parpadea y lo hace sin cesar. Se observa la testa blanca y algunos cabellos rebeldes encima de las orejas que han escapado a la tijera y a la navaja. Levanta la mano con la navaja a la altura de los ojos y ve que tiene los dedos manchados de sangre. El filo del acero se le ha hundido en la carne, cada segundo un poco más profundo, durante toda la tormenta. Abre la mano y se mira la palma. Suelta la navaja encima de la mesa del tocador. Sin pensarlo, se lleva la mano ensangrentada a la cabeza y mira las vetas rojizas que han quedado en la hoja de metal y las que han caído encima de la mesa. Va a gritar cuando recuerda que Annette está durmiendo, no la quiere despertar, entonces se tapa la boca con las manos y continúa con la mirada fija en el espejo. Tiene la calva llena de sangre... Los murciélagos... Acorralada por la tormenta interior, se da cuenta de que un murciélago, acostumbrado

a enredarse en sus cabellos, no se ha podido sujetar esta vez y se ha resbalado por la superficie lisa y jabonosa por la espuma de afeitar, produciéndole los arañazos que está viendo.

La mano le empieza a doler y la cierra en un puño. El murciélago, que se ha quedado atrapado dentro del puño, la está mordiendo, ella sabe que tienen dientes fuertes y afilados. Cada vez que muerde, la punzada de dolor le sube por el antebrazo repercutiéndole hasta el codo. Lo siente mascar y aprieta más y más el puño con la intención de reventarlo. Aleja la mano y mira hacia el lado contrario porque siente pánico y asco a la vez.

Se levanta de la silla y camina como una desquiciada. Da vueltas por la habitación, golpeando la palma contra la pared y dejando manchas de sangre. De vez en cuando, con sumo cuidado, se toca la cabeza. Intenta medir la gravedad de las heridas que le han infligido los animales que, ahora, duermen colgados boca abajo, con una clara expresión risueña en sus bocas. Excepto el que tiene apresado entre sus dedos, que sigue intentando abrirse camino hacia el interior de su cuerpo.

Se pone un vestido gris oscuro casi negro y se calza unos botines viejos de andar por casa, con la suela despegada en un lado. Baja las escaleras y sale a la calle. No ve a nadie. La quietud de los árboles, el silencio sobrecogedor y el cielo azul vetado de blanco. Mira hacia ambos lados: en la esquina de la Papestrasse con Filterstrasse está el mismo coche de siempre, desde donde vigilan a los vecinos. Un hombre está sentado del lado del conductor con la cabeza apoyada en el respaldo y la boca abierta. Ella ni

se da cuenta de eso. Aspira el aroma dulzón de las primeras horas de la mañana y la brisa húmeda que sobrevuela la ciudad desde el mar y le golpea en el pecho. Corre hasta la esquina, hasta el portal pintado de azul con una placa de chapa dorada: *Wilhelm Amstelheim, médico*.

Coge la aldaba con la mano buena y golpea la puerta. Pasan unos minutos y nadie sale, pero ella sabe que están adentro, que la observan detrás de aquellas cortinas, de las ventanas de la planta alta. Vuelve a golpear y pasan varios minutos más. Impaciente, gira delante de la puerta y mira a los lados y se observa por enésima vez el puño cerrado donde lleva al murciélago. De reojo y con resquemor, mira al coche aparcado en la esquina y al hombre que hay dentro, que ha cerrado la boca y la mira atentamente.

Ella sabe que no puede volver a golpear la puerta, sabe que ya saldrá alguien a abrirle, sabe que la mujer de Amstelheim será la que le abra. Y pasan otros minutos antes de que finalmente se escuche el sonido metálico de la mirilla.

—¿Qué quieres, Eleonora? —pregunta una voz de mujer tras la puerta.

—Tengo que ver al doctor Amstelheim, por favor, es urgente.

—Está durmiendo.

—Lo sé, pero es urgente.

—¿Qué te ha pasado esta vez?

—Me han mordido los murciélagos, míreme la cabeza, necesito que me cure o moriré por la infección...

—El doctor irá a verte en cuanto se levante. Lo que tienes no es grave.

La mirilla se cierra con un ruido seco y ella se la queda mirando fijamente, como si se tratase de un ojo, al tiempo que escucha los pasos de las chinelas de Ulva Amstelheim que se alejan hasta desaparecer.

Ella se observa los pies, las punteras de los botines están levemente metidas hacia adentro y los cordones desatados son como largos bigotes llenos de polvo. Se agacha y se los ata como le enseñó su tía, la hermana mayor de su padre, haciendo tres nudos bien fuertes. Necesitan una buena capa de betún, nunca les ha puesto betún, pero quizá ya sea el momento de hacerlo, antes de que llegue el invierno y entren en contacto con el barro y la nieve.